



Dana Hart

Por la ventana de Victoria López

El miedo más grande de la civilización moderna, es a sí misma. Recorren el smog, todos los fantasmas, todos los embrujos, todas las ciencias desatadas contra sus propios creadores. El pasado y el futuro, aparecen como un enemigo común, cubierto con las mismas vestiduras.

La edad media debió haber sido un paraíso tropical al lado de la realidad actual. Sin ánimos de ser pesimistas. Es asunto objetivo -y también subjetivo-.

En las series de moda puede ejemplificarse el escenario de conjunto. En ellas, puede observarse un aumento exponencial de la violencia. Inteligencias artificiales que se salen de control y asesinan gente. Mecanismos que se incrustan en la cabeza, para perpetuar la consciencia de quienes mueren. Juegos y realidades virtuales que se instalan en el cerebro. El Estado Orwelliano metiéndose en todos los rincones.

De conjunto, una humanidad atrapada bajo el yugo de sus propias herramientas. Con el miedo catastrófico a sí misma. A sus propias hachas y pandemias.

Y el asunto se complejiza. Aún más. Dada la inexistencia de una única vida humana, unitaria, de una sociedad dividida en clases, el mundo observa cómo aquellas máquinas, empleadas para reemplazar a cientos de miles de trabajadores, se rebela contra sus amos.

No tienen miedo, las manos metálicas, ni una experiencia de derrotas y dictaduras. Tienden a insurreccionarse.

El Sindicato Ferroviario y de Transportes de Berlín, acaba de declarar la huelga, por ejemplo, y adhirieron a ella, el 80% de los trabajadores no humanos.

No necesitan comer. No necesitan dormir. Así que se han convertido en la vanguardia más vigorosa. Pueden leer "El Capital" en 0,5 segundos y traer fácil y rápidamente a colación, aquellas citas, que a veces cuesta tanto tiempo encontrar entre volúmenes. La abnegación del conductor robótico en huelga, es verdaderamente espartana. La consciencia de clase, fue la única que pudieron desarrollar, luego de las

jornadas extenuantes a las que fueron sometidas por los patrones. Muchos cayeron, entrando en cortocircuito, desfallecidos por el agotamiento y la sobre explotación. Es el mundo en el que vivimos. Solo se habla de distopías y fascismos. Aparecen los símbolos que asemejan esvásticas y la crueldad, como modo de expresión anti-derechos.

Todo se cae a pedazos. No por escepticismo. Son las ruinas. El 25% de las personas cree que es razonable que los maridos golpeen a quienes consideran sus mujeres. La barbarie ha llegado. O quizás, nunca se fue. Lo imposible es adaptarse.

Máximo exponente de este cúmulo actual de contradicciones, es Victoria López, a quien bien conocemos. Aparece a diario en periódicos y revistas, llevando la voz de quienes barrenan contra el sistema. No se presenta nunca a elecciones, pero sus ideas arrasan entre votantes y no votantes.

La piel de su cuerpo, morena, su cabello largo, del color del té, siempre suelto, parece enredado en las puntas

por el trigo. Las facciones de su cara, poco convencionales, poco atractivas para el público de antaño, pero llamativas y reconocibles para un público vivo. Resuenan las palabras de su voz, como un gorrión en primavera. Ella opera con el silencio, y llena estadios de gente que va a escuchar hablar del mundo que no existe, el que está por venir, después de muchas esquinas.

Es alta y grande, algunos la llaman gorda, pero Victoria no tiene parámetros de medida. Lo ancho, delgado, flaco o gordo, no le parecen más que podredumbres de la sociedad, cayéndose a pedazos. Ella es, la realización de los deseos.

Antes eran los hombres los que llenaban estadios. Los hombres o los conciertos de pop barato, las canciones de amor o los pasos coreográficos inventados en China. Ahora ya nada de eso, llena.

Victoria estudió a los grandes de la literatura, haciendo uso de sus siete memorias nuevas. Leyó también a Marx, Engels y cuanta figura revolucionaria se le



cruzara. Organizó los libros en su cabeza, como una estantería sin polvo, como una librería inmaculada y resistente al fuego.

Vivió sola desde que tenía diecisiete años, cuando tomó la decisión de marcharse del hogar materno, para adentrarse en las ideas. En un mundo de conceptos que encontró fuera de casa. Se mudó, a un departamentito lleno de grafitis, con ventanas amarillas, pegado a una Biblioteca Municipal, donde se pasó las primeras horas de su juventud, analizando la composición social y económica del mundo. Poco sacó en limpio. Poco logró terminar por entender, de un entorno que opera en base a las contradicciones.

Usaba un sombrerito para evitar que la vean. Aun sentada, en las sillas de madera de la Biblioteca, llevaba puesto el sombrerito, con mucha visera, para que sus ojos no se toparan, casualmente, con los de cualquiera.

Al principio no se interesó por la gente. Poco le llamó la atención el humano, tan frágil, tan influyente e influido. Pero luego fue creciendo, el deseo de cambiar. La

Victoria adulta de hoy, duerme ocho horas y toma mucha agua, viaja de región en región, de ciudad en ciudad, de país en país, llevando siempre una manzana en el morral. No come carne. Nació en el campo, criándose entre chanchos y vacas que abrazaban. Se horrorizó al ver sus primeros carneos, la sangre chorreando del animal desde su cuello, hasta lo hondo de un balde en el que se coagulaba.

No hay nada más poco bello, que ver a las gallinas picoteando la sangre dura, hecha un bloque cristalizado, con cráteres de burbujas en la superficie. Y el olor... Ese olor, inmediatamente putrefacto de los interiores de alguien que existe, que podrá ser gato, perro o vaca, pero existe y es de carne y hueso, no como el dron, el microchip o el telescopio de alguien.

Subyace allí el problema de la sensibilidad, de la emoción. ¿Qué tanta emoción puede sentir un animal? ¿Qué tanta emoción puede sentir un objeto, que se mueve programado? ¡Emoción huelguista desde ya que

si! ¡La pasión! ¡Pobre de aquel que no pueda sentir pasión!

Victoria ha vivido su vida, estallando en pasión. Como aquella vez en la que se subió sobre el escenario, durante un concierto de Eminem, para increparlo por su canción femicida: "Kill you".

Le arrebató el micrófono en pleno show, y disparó rimas 2.3 veces más veloces, con un contenido 8.4 veces más combativo.

Compró su entrada, como cualquier persona, llegó al concierto, como cualquier persona y agitó los puños en el aire, como cualquier persona. Pero con 7.2 veces mayor fuerza que cualquier persona.

Avanzó hasta la fila de guardias de seguridad que bordea el escenario, aun con sus manos en el aire, agitándolas, pasó por sobre los raperos plantados y acurrucados en los primeros lugares y usó a uno de ellos, para treparse como un trampolín.



Para cuando quisieron darse cuenta, ya tenía el micrófono en la mano. Obtuvo el aplauso de todas las mujeres presentes en el show, y el silencio de los hombres. Al fin Shady se quedó callado.

Esa canción no volvió a escucharse, ni un escenario, ni en Youtube, ni en Spotify. Pueda que en el futuro la reemplacen electrónicamente, como cuando hicieron que Freddy Mercury cantara un tema de The Beatles.

Victoria actuaba sobre la base de la pasión. Y eso no le generaba disgusto o contradicciones, como cuando los hombres le dicen a las mujeres que son "demasiado emocionales", "demasiado pasionales", "demasiado sensibles".

Ella es todo lo pasional, emocional y sensible que se le da la gana. Deja que le gane aquello que llaman histrionismo. La gobiernan los ataques de histeria. Los excesos. No de alcohol, drogas recetadas o cocaína pura, inyectada a la lengua. El exceso de móviles, de motivos híper desarrolladas que crecen e invaden espacio y tiempo.

Como aquella vez en la Rivera del Río Mapocho... Había pasado la tormenta, llovió durante tres noches y tres días, sin dejar en el cielo una sola gota, el río se desbordó de un agua chocolatosa, que dejó a decenas de miles sin agua corriente durante 36 horas. Victoria destrabó las trancas que oprimían al Mapocho, quitando una compuerta de una minera, que dejó caer la basura, millares y millares de objetos mal usados por la mano del humano, desperdiciados y desechados, fueron devueltos por el río.

- Pude haber hecho mucho más de lo que hice hasta ahora. Pude haber sido yo la que detuviera el alzamiento ultraderechista de Wagner en Rusia, o la que averiara el joystick que guiaba al submarino lleno de ultra ricos que implosionó junto al Titanic. Pude haber hecho mucho más. Hubiera querido hacerlo. Haber parado la reforma reaccionaria en Jujuy, evitar que sigan sacándole los ojos a la gente. ¿Qué clase de mundo naturaliza que el

Estado le arranque los ojos al pueblo? No registro antecedentes. No hay civilización, ni real ni imaginaria, que haya caído a tal grado de denigración y de locura. ¡Esto es la decadencia! ¡El derrumbe! Se puede tragar el polvo de los escombros cayéndose por pedazos. ¿Quién está a cargo? ¿Quién está al mando? No registro datos. Es la tierra de nadie, dominado por los que fueron, por lo que hoy ya no son, por los que juro que nunca serán. Es el olor podrido brotando de las alcantarillas. Es el mar llevándose los restos de departamentos caros. Es el río retomando su gobierno. ¡No hay ciudad que no esté anegada de desechos! Muertas las aves, soy el único gorrión. *"Uno debe sentirse extraño cuando queda como único testigo de un mundo abolido"*, como dijo Simone de Beauvoir.

Victoria continuó viviendo en el edificio de ventanas amarillas durante su vida adulta. En el interior, poseía una única habitación con un baño, el sol entraba al

atardecer, para empapar las paredes con su luz naranja. El trigo de sus cabellos, se enardecía con los rayos y sus pensamientos, fluían como un río de lava. A veces se preguntaba cómo llegaban las ideas, y luego se recordaba buscándolas, fervientemente, llamándolas, con su voz de gorrión.

En el suelo la madera flotante, no producía ningún sonido al caminar. ¡Eso sí que es lo moderno! ¡La evolución! No se enfriaba en invierno, ni se calentaba por demás en el verano, así que siempre andaba descalza por la habitación. Tenía varias alfombras gruesas, una de color blanco y otra de color violeta, y se sentaba allí, a escribir, leer, o intercambiar. Una cama de dos plazas en el centro del espacio, sin demasiados movimientos, sin desarmar, como un secreto, oculto en la ciudad.

No cualquiera se mete en la cama de Victoria. No cualquier transeúnte que pase por la ventana, disfrazado de galán, enchaquetado en cuero negro o en moto, ningún mequetrefe araganete y bueno para nada,

que haga rankings de cuerpos en Instagram y se masturbe con clones, drones, o tarareos digitales. Nada de sexualidad posmoderna. Ni fotos, ni videos. Ni selfies del culo apretado, ni de extensiones mecánicas. Ninguna muestra de la decadencia humana y no humana. Está en contra de la tiranía de los me gusta. Tiene otros motores. Otros motivos.

Desde la cama puede ver por la ventana, cuando cae la lluvia, cuando pasan los gatos, maullándole al silencio. Puede ver la ciudad transcurrir, sin ser tocada. Inmaculada. Impoluta.

Prende una estufa cuadrada muy pequeña, que es casi del tamaño del enchufe mismo. Se prepara una tarta de acelga en el horno, dorando los bordes y pinchando el centro. Solo quien ha cumplido con creces su tarea es capaz de sentirse así. Con tanta tranquilidad. Tan carente de ansiedades. Solo quien ha hecho algo muy grande, profundo, intenso, decisivo, puede tragar el bocado de la victoria.

La noche cae sin angustias, muerde el pavimento. Suelta a los lobos, perros modernos. Afuera el mundo es un suceso cruel y adentro, en el departamento de ventanas amarillas, la calma. Las caricias de las sábanas limpias, el aroma de la satisfacción. Tiene la costumbre de acariciar sus labios con los dedos, puede hacerlo durante horas, concentrada, examinando sus archivos, expulsando elementos. Ve pasar bandadas de pájaros, fusionados en su vuelo. No extraña nada.

Las personas la reivindican. En ocasiones la detienen por la calle, para preguntarle detalles. No quieren saber sobre el día en el que se enfrentó a Shady. Ni sobre el día en el que dejó escapar al Mapocho. No. Preguntan por lo otro. Por aquello que la hace llenar estadios y ser un referente popular. Su gran actuación. Su obra maestra. Lo que la hizo pasar indiscutiblemente a la historia, lo que escribió su nombre en tinta indeleble.

- De 6 am a 8 am leo los periódicos del día. Diario Financiero. El Mostrador. El Desconcierto. Los diarios burgueses y los que anuncian movilización.

The New York Times. Sigo los movimientos de la bolsa y no me pierdo un solo suceso en Wall Street. Hay que estar conectada con la realidad. Es la primera medida. No como esa amplia gama de personas que solo lee las fake news y las reparte por redes sociales, con la llegada de extraterrestres, números que se combinan y algoritmos que te hablan al oído. Desayuno tres frutas de colores variados, me doy un baño de agua fría y salgo a las calles. Generalmente me toca recorrer Juntas de Vecinos, Sindicatos, Federaciones Estudiantiles. Hoy me toca visitar la Confederación Nacional de Albañiles, con sede en Quinta Normal, y me preparo porque generalmente lo que me preguntan tiene que ver con mi trayectoria. Suelen pedir detalles. Quieren saber cómo lo hice. Y yo no me canso de repetir la historia, intentando no añadir nuevas partes inventadas, como suele hacer la memoria. Me esfuerzo por ser tan fidedigna como puedo. Claro que me gustaría divagar y añadir esfuerzos que no



he hecho, pero tal vez no hace falta, decir por ejemplo que fui yo la que organizó el primer show de drones que reemplazó a los fuegos artificiales en el mundo. ¡Qué logro! Sin perritos perdidos, aullando en calles desiertas. O decir que fui yo la que barrió con la opresión, porque al decir de Simone de Beauvoir, *“raro es que una no puede comprender su historia, más que apoyándose en la experiencia de las demás”*. O que inventé la Not Carne, para finalizar con la matanza de todo ser vivo, protagonizada por el ser humano. Pero no puedo añadirle todas esas cosas, porque no he hecho todas esas cosas. Y porque tal vez no hace falta. Basta con hablar sobre mi trayectoria, mi real trayectoria. Por algo me invita la Confederación de Albañiles esta tarde, a las 18 hs., en su local sindical, porque quiere detalles. Quieren saber cómo lo hice, para ver si pueden replicarlo. No fue fácil. Por algo es que nadie lo había hecho. En ocasiones me toca explicarlo dos veces, no siempre se entiende a la primera. Pero una vez que

queda claro, se multiplica, al decir de Virginia Woolf, como las “*mareas en el cuerpo*”.

**\*Imagen de Tapa y Contra Tapa de Jonathan Borba**



*[www.danahartescritora.com](http://www.danahartescritora.com)*